

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Causalidad social. *Por José Lois Estévez*

Siempre nos cabe para caracterizar un país escribir frases como ésta: Roma fue como fue, porque fue como fue; nosotros somos como somos, porque somos como somos. Estampamos así una verdad de hecho, que aún disolviéndose en una redundante tautología, obtiene el refrendo de la experiencia.

Todos sabemos que cada sociedad es el resultado de la interacción de múltiples causas. ¿De qué depende nuestro modo de ser? Aunque dar respuesta a una pregunta tan complicada rebosa arduos problemas, es evidente que se suele contestar refugiándose en vagas generalidades. Podemos decir que nuestro modo de ser obedece al conjunto de las influencias que nos han afectado. Una parte de nuestra personalidad se debe a cómo hayan sido nuestros padres. Otra, se relaciona con las ideas y el carácter de nuestros educadores. Tampoco podemos prescindir del estado a que han llegado nuestros conocimientos, ni de la potencia de nuestra imaginación ni de la viveza de nuestras inquietudes. Tampoco son relegables nuestras convicciones ético jurídicas ni nuestros hábitos de conducta.

Los hombres venimos al mundo pobremente equipados. Nuestro don más preclaro está en la curiosidad, que se une a una gran capacidad inventiva y afán de saber. Nuestra superior fuente de recursos reside en nuestra variabilidad de aptitudes. Somos poderosos gracias a nuestras desigualdades, mucho más importantes que nuestras coincidencias.

Diferimos en aficiones, en gustos, en propensiones congénitas, en habilidades, en intereses, en la diversidad de nuestra memoria, en nuestros talentos, muy diferentes. Gracias a no servir todos igualmente para todo, podemos obtener de cualidades muy diversas óptimos resultados. Próximas a nosotros nos cabe encontrar personas que saben hacer cosas de que nosotros somos incapaces. El progreso consiste simplemente en combinar distintas aptitudes y esfuerzos, a fin de obtener el máximo rendimiento y esmero en las potencialidades humanas. En esto consisten, a la par, la educación y la política,

La educación es, sobre todo, un hecho social, por estar regida por la ley de los grandes números. Lo que la configura son las grandes tendencias que inspiran los sentimientos colectivos. Cada pueblo tiene un modo de ser, determinado por su orientación educativa y por sus hábitos políticos, dos cosas que se complementan y que acaban por confundirse. Individualmente, la educación exige primero explorar sagazmente la intimidad de cada uno para desentrañar sus más recónditos y originales atributos, dárselos a conocer a quien acaso los ignore, potenciarlos mediante su ejercitación práctica repetida y sacarles el mejor partido subsanando con las prodigalidades de unos las deficiencias de los otros.

La Política debe cifrarse especialmente en el óptimo aprovechamiento de las posibilidades latentes en la sociedad. Supone un correcto inventario de los recursos disponibles, con el mínimo coeficiente de disipación y respetando escrupulosamente las reglas de Justicia, según las cuales el cometido esencial del poder estriba en proceder a su impersonalización, anonadándose en la objetividad de normas exentas de prejuicios, donde el único criterio preferencial consista en no escatimar medios para que los mejores conserven su preferencia natural al puesto por el que compitan.

La Política, al igual que la educación, se distingue como conocimiento y como práctica. Como conocimiento: o se atiene al método científico o se convierte en mera iniciativa del poderoso, ajena a cualquier crítica racional. Cuando, por el contrario, la domina la reflexión, su ley no puede nunca ser otra que reducir la arbitrariedad a cero.